

La concepción mental acerca de la enfermedad

Por Enrique Guarnier

TODO ser humano nace con un equipo adecuado para sobrevivir y dominar los peligros que le rodean. Ello se ha logrado con el desarrollo de una estructura psíquica cuya parte más importante es el YO, el cual cuestiona al medio ambiente que lo envuelve. Es decir, que desde que nacemos hasta la muerte sometemos a explicación o análisis los procesos que ocurren a nuestro alrededor que por supuesto incluyen a las enfermedades. Aunque ciertas especies animales también reaccionan a los estímulos externos desconocemos lo que intrapsíquicamente sucede en su conciencia y solamente el hombre ha sido capaz de proyectar el presente hacia el futuro, basándose en el pasado y realiza una reflexión causal sobre los hechos que acontecen.

En sus incesantes intentos para entender su destino el ser humano tornó primero hacia los demonios y los dioses, el cielo y las estrellas, o los espíritus del bien y del mal. Fue por ello que su deseo por dominar las fuerzas de la naturaleza lo llevaron a descubrir la magia y posteriormente las

plegarias y oraciones. Los mismos babilonios concebían a la enfermedad como un castigo. El pecado y la impureza eran sinónimos de la culpa por lo que el pecado causaba los procesos morbosos. Para detener su avance se pidió la intervención de los dioses, los cuales se constituyeron en la última salvación posible y si el demonio se imponía, la persona moría a consecuencia de que había sido invadida por los malos espíritus.

Aunque la filosofía estoica nació en Grecia con Zenón en el siglo IV antes de J.C., puede afirmarse que su principal representante fue el romano Séneca que viviera durante la primera centuria de nuestra era. Según el extraordinario escritor el hombre siempre está expuesto a la enfermedad y a la muerte por lo que para enfrentarse a las adversidades tendrá que poseer una tranquilidad suficiente en su mente. La felicidad se deriva de nuestro juicio sobre la existencia y los sufrimientos que forman parte de ella, por lo cual únicamente aquellos que alcanzan la serenidad o «ataraxia» lograrán el estado ideal. El dolor y las penas serán olvidadas debido a que constituyen el pasado que ya ocurrió, o el futuro que todavía carece de realidad. Por lo tanto, el individuo que acepte el estoicismo vivirá en forma exclusiva el presente.

De acuerdo con Séneca tanto el dolor como el placer son los fenómenos básicos de la vida porque resulta ser estados que siguen una evolución. Para contener con ambos deberá hallarse la tranquilidad del ánimo y si esto se consigue cualquier enfermedad incrementará nuestras habilidades y dará paso a que neguemos su existencia.

El filósofo francés Jean Jacques Rousseau en «Le contrat sociale» que fuera publicado en 1762 afirma:

«Compararíamos sin prejuicio el estado del hombre civilizado con el primitivo y preguntémosle si la cultura ha detenido la enfermedad o la muerte. Consideremos la tensión mental que nos destruye y las pasiones violentas que nos fatigan deíandónnos exhaustos. La carga que se le impone al pobre y la más peligrosa suavidad en la que se abandona el rico. Uno muriendo en sus necesidades y el otro de sus propios excesos. Pensemos en las mezclas de los alimentos con sus perniciosas especies y la corrupción que sufren sus componentes nutritivos. Reflexionemos sobre la falsedad de las drogas y los malévolos que las venden. Veámos las epidemias que producen el aire contaminado en nuestras encajonadas ciudades y el paso desde las enclaustradas habitaciones a la atmósfera profanada en el exterior. Por último no olvidemos los incendios y terremotos que destruyen ciudades enteras y matan miles de vidas».

Fue por ello que Rousseau vio en la vida primitiva la situación ideal y la enfermedad representaba

el producto secundario del avance de la civilización y de la organización industrial. Es más, el filósofo fue capaz de adelantarse a nuestra época y describió la perversión por el dinero cuando afirmó: «La ruta del progreso lleva de lo natural a lo superfluo y artificial. En la lucha por ascender no existe relajamiento porque la del deseo de la posesión de los objetos es inacabable y el hombre siempre aspirará a dominar el universo».

En 1930 Sigmund Freud llegó a conclusiones semejantes cuando en «El malestar en la cultura» reflexionó sobre el precio que la civilización había promovido. Según el psicoanalista nuestra miseria se debía a las restricciones a que eran sometidos nuestros impulsos sexuales y agresivos, cuyas funciones quedarían atrofiadas a lo largo de los siglos al igual que lo ocurrido con nuestros dientes y cabello. Freud partía de la idea de que la moral era el resultado de un evento hipotético de acuerdo con el cual la tribu primitiva debió haber matado al padre. Lógicamente esta acción acreó la culpa de los hijos que no es otra cosa que la lucha eterna entre los instintos de vida, o el «Eros» y los de muerte a «Tanatos». La destrucción de la figura paterna se debió a la ambivalencia que los vástagos sentían entre su amor y el odio. Con el asesinato se dio satisfacción a los celos pero surgió el castigo eterno y el arrepentimiento, provocando el que se erigiera la terrible conciencia moral a la que Sigmund Freud denominó el SUPERYO.

Se podría afirmar que los desórdenes llamados psicósomáticos son todas las alteraciones en la estructura y función de los órganos del cuerpo humano. En ellos siempre se encuentra envuelta una víscera, no controlada voluntariamente porque está inervada por el sistema nervioso autónomo.

En la obra de Sigmund Freud aparecen algunas alusiones al efecto de las emanaciones en el organismo. Un ejemplo lo vemos en «Inhibición, síntoma y angustia» de 1926 donde se ~~señala las causas funda-~~ mentales en la impotencia y afirma: «La perturbación puede instaurarse por: 1) la desviación de la libido al principio del proceso; 2) la falta de preparación física indispensable (falta de erección); 3) la abreviación del acto (eyaculación precoz); 4) la interrupción del mismo antes de su desenlace natural (falta de eyaculación) y 5) la ausencia del efecto psíquico, o de la sensación de placer en el orgasmo». Es decir, que en este trabajo Freud se daba cuenta de que la sexualidad dependía de la interrelación entre el estímulo fisiológico y la respuesta psicológica. Cualquier alteración de los reflejos coordinados causaba la impotencia del hombre y por lo tanto las primeras consideraciones psicósomáticas estaban aquí enmarcadas.

En 1935 el investigador

Walter Cannon publicó su famoso libro «The wisdom of the body» en el cual consideró que el miedo, la rabia y las reacciones de emergencia provocan el incremento de la respiración, el latido cardíaco, aumento de la presión arterial y vasoconstricción. Por otra parte los procesos digestivos decrecen y el organismo queda preparado para la fuga y la lucha.

Posteriormente Flanders Dunbar ligó la teoría de Cannon con un modelo psíquico asegurándonos que la supresión de las emociones creaba una tensión interna con desórdenes funcionales de las vísceras.

En 1950 Franz Alexander escribió la primera obra de lo que intituló «Psychosomatic Medicine» con la cual abrió un nuevo campo dentro de la rama médica. El autor describe tres condiciones básicas para que se produzca el padecimiento: 1) la constelación psicodinámica; 2) una vulnerabilidad constitucional.

Según Alexander los traumas tempranos y las reacciones de alarma condicionan casi todas las enfermedades. Las actitudes de las madres que favorecen ciertas funciones e impiden otras constituyen un factor que determina nuestros problemas viscerales. Los trabajos de Turbull recientes parecen corroborar lo anterior dado que el asma puede ser inducido en determinados animales al premiarles ciertas formas de respirar. Es posible que las madres que se angustian excesivamente cuando el niño llora, pensando que éste puede asfixiarse propicien la respuesta fija hacia el asma.

De la misma manera otros autores han hecho énfasis en la relación de la madre con el hijo y sobre todo en las fallas que incrementan las dificultades adaptativas. Las condiciones del recién nacido requieren la acomodación temprana de los órganos para su adecuado funcionamiento. Las fallas en la creación de una barrera o por el contrario la excesiva protección frente a los estímulos en los primeros meses de la vida provocan la sensibilización de los aparatos digestivo, circulatorio o respiratorio creando un desorden psicósomático que representará simplemente el reflejo de una situación temprana que no pudo ser dominada por el niño y que tuvo graves repercusiones durante su vida adulta.

George Engel ha dado una mayor importancia a las pérdidas de objeto como el elemento precipitante que provoca las reacciones psicósomáticas. De acuerdo con este autor la falta de elaboración de la tristeza ante los quebrantos de la vida y sus diferentes privaciones producen un estado psicológico de desesperanza que suele dar lugar a la enfermedad física. El órgano escogido es resultado de factores etiológicos que parten de elementos: constitucionales, mentales, biológicos y culturales.